

MIGOS DE JESUS

por José Gil González

SIMÓN DE CIRENE: EL MÁS EXPERTO MARINERO EN LA NAVEGACIÓN HACIA EL CALVARIO; LAZARILLO POTENTE EN EL PESO DE LA CRUZ.

A medida que Jesús iba haciendo su vía, topó en el camino con un hombre llamado Simón, que era de Cirene, y venía de unas hazas de tierra como era su acostumbrada labranza. Simón de Cirene debía de ser de aquella raza de hombres robustos y fuertes que manejan la azada y el arado y hacen andar a las yuntas con paso acelerado. Hay una leyenda que huele a perfumes de historia y de huerto cerrado. Cuenta esta leyenda que Jesús Profeta iba un día con una cruz hacia el monte de la Calavera. Simón de Cirene tenía unas hazas de tierra allí. El hendía la tierra y removía la gleba del monte pedregoso al paso de las yuntas. Desde allí, desde aquella atalaya, oteaba las llanuras de Jerusalén. Al remover la tierra, el monte

de la Calavera blanqueaba con los cráneos y los huesos de los que allí eran ajusticiados y con su muerte expiaban su propia vida.

Un día, al caer la tarde, de vuelta hacia sus lares, topó Simón en el camino con un criminal maniatado que llevaban a crucificar en su propia tierra. Iba cargado con una cruz en los hombros y guiado por la chusma y turba soez y cruel. Simón no entendió quién era, pero al punto se oyó a Jesús Profeta; sin demora, se abalanzó hacia El. Tomó la cruz que el Profeta llevaba y la cargó sobre sus hombros de labrador. Aquel labrador salvaje y robusto alivió aquel día la pesada cruz del débil Jesús. Cuenta esta leyenda que aquel día Simón de Cirene bajó gozoso y contento del monte porque ayudó a llevar la cruz del Profeta Jesús. Y que Jesús en retorno, le prometió el perdón de sus extravíos, y que el alma del labrador, suelta y libre, subiría al cielo en el mismo día y a la misma hora que la del Profeta Jesús. *Fué el más experto marinero en la navegación hacia el Calvario; lazarillo potente en el peso de la cruz.*

LAS MUJERES: UN CORAZÓN DILATADO E INMENSO, LLORANDO Y SANGRANDO JUNTO AL MAS GRANDE CORAZÓN.

Mientras los Judíos se holgaban con la muerte del Inocente, un tropel apenuscado de mujeres iba en seguimiento de Jesús. Jesús se vuelve a las mujeres y les dice: «Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, antes llorad por vosotras y por vuestros hijos».

El día que viene después del sábado, que es el octavo, ya muy de madrugada, unas mujeres, venidas desde Galilea, se encaminan al monumento. Llevan consigo mixturas aromáticas para tributar un supremo honor a Aquel a quien habían amado. Allí se encuentran María Magdalena, hermana de Lázaro; Juana, esposa de Chuse; procurador de Herodes; María, madre de Santiago el Menor, que fué llamada también hermana de María, Madre de Jesús. Al quebrar los primeros albores del día, llegan al monumento y se encuentran que la puerta está cerrada con una gran piedra. A su orilla hay una gran cohorte de soldados. Mientras las mujeres se mueven alrededor, advierten que la piedra está completamente levantada. Ante sí ven, inesperadamente, dos ángeles vestidos con refulgencias de relámpagos. Asustadas y empavorecidas abaten sus rostros ante ellos. Ellos, con palabras dulces y apacibles, las dicen: «¿Por qué buscáis en la región de la muerte a quien vive ya? ¡Sí! Él anunció que moriría, pero también presagió que al tercer día, saliendo de los infiernos, habría de resucitar».

Y las mujeres no quisieron investigar más. Una tras otra iban pensando por el camino cómo se habría obrado el milagro. Y exultantes de gozo, dieron gracias a Dios por el anuncio de los ángeles blancos...

